

DISCURSO

Leído por el Doctor Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina, en la Sesión Solemne efectuada el 26 de enero de 1927, para recibir a los Nuevos Académicos.

Uno de los signos más evidentes de la vitalidad en los individuos en las corporaciones es la renovación. La Biología nos lo demuestra a cada momento y la Sociología lo comprueba del mismo modo. La vida, que no es otra cosa que un constante esfuerzo para salir triunfante en el perenne conflicto con el medio, es igualmente un constante esfuerzo de renovación. Las células se gastan y desaparecen: otras se sustituyen a ellas y la actividad vital se sostiene intacta. Los órganos transforman y aprovechan la energía; se gastan igualmente en asombrosa labor; pero si la logran mantener renovada, aseguran su vida. Y lo mismo que en los seres vivos acontece, lo observamos en las colectividades sociales que no quieren sucumbir.

Por que nuestra Academia no quiso morir después de grave crisis, intentó renovarse y, al conseguirlo triunfante, aseguró su existencia. Sin olvidar su gloriosa tradición (tan acertadamente recordada en las palabras que acabamos de escuchar), se propuso abrir sus puertas con mayor liberalidad y ello, lejos de rebajar el valor que justamente ha tenido entre nuestras corporaciones científicas, lo acrecentó con regocijo general de quienes, abominando de las «academias» como institutos cerrados y de tendencias que pudieran calificarse de ultraconservadoras, deseaban que la muy ilustre Academia Nacional de Medicina no escapara al movimiento de sana y necesaria renovación que es uno de los más satisfactorios aspectos de la época que la humanidad está viviendo.

Por eso nuestra Compañía amplió sus horizontes; creó nuevos campos de trabajo y ensanchó los que ya poseía; facilitó, con espíritu democrático, el ingreso a su seno de hombres de buena voluntad; y, con criterio liberal y adelantado, abrió sus puertas a médicos jóvenes que ocuparon los sillones

que en otros tiempos ocuparon maestros venerables y, trayendo consigo nuevas energías y fervorosos entusiasmos, galvanizaran, si preciso fuera, el ambiente académico, que en ocasiones pareciera nublarse con el desaliento o el escepticismo. La sangre nueva, pietórica en anhelos y en propósitos, habría de mezclarse a la otra sangre, rica igualmente en experiencia, en reflexión y en nunca amenguado amor de la ciencia de la vida y del arte de aliviar el dolor humano.

¿Qué extraño, pues, que esta noche sea para la Academia paréntesis amable en la tarea semanal y acontecimiento singular en su ya larga existencia?

Porque venís, señores compañeros, a intensificar la renovación de nuestra Compañía; porque habéis creído en el papel que le corresponde en nuestra vida cultural y universitaria; porque habéis querido contribuir con vuestra labor a que el gremio de los médicos desempeñe, cada vez mejor, la función social que le incumbe; por todo esto, nuestra Corporación os abre sus puertas jubilosa y, haciéndola, afirma solemnemente su intenso anhelo de vivir.

De vivir, para realizar siempre, con la mayor decisión y con el empeño más grande, el propósito alto y trascendente que le señala su estatuto; contribuir al progreso de la medicina en nuestro país; pero igualmente, para trabajar con no menos fé y no menos perseverancia, en el mejoramiento constante del medio social en que vivimos.

¿Podrá haber conflicto entre una y otra tarea, como alguna vez se ha pensado? O por lo menos, ¿habrá suficiente razón para creer que la Academia debe permanecer alejada de cualquiera actividad que no sea la estrictamente científica? Creerlo o siquiera pensar en esa posibilidad, es desconocer u olvidar la función que corresponde, en nuestros tiempos, al médico y a quienes con él colaboran en la humanitaria tarea de hacer la vida más agradable y más llevadera, pero también más benéfica para la colectividad.

El facultativo que contribuye al progreso de su ciencia y de su arte no puede participar en esta desinteresada labor, sin estar convencido de la finalidad de tal progreso y sin prepararse concienzudamente para ello. No le basta poseer conocimientos y aplicar éstos en vida profesional. Siempre inconforme con lo que sabe, desea acrecentar más y más su acervo espiritual y, cuidadoso, lo enriquece día a día y hora por hora. Atento a la asombrosa actividad de los hombres de ciencia que, en todo el mundo, consumen su vida en las clínicas y en los laboratorios, recoge afanoso sus observaciones, las aquilata con el valor de su personal experiencia y, al poner ésta al servicio de la noble profesión que ha elegido, pone también su contribución individual en la batalla constante por el descubrimiento de la verdad.

El ejercicio de la actividad profesional y el cultivo de la ciencia se com-

pletan y fortalecen uno al otro. Las corporaciones médicas, como la nuestra, recogen los frutos de esa estrecha e inseparable cooperación. Nuestros estudios, a la par que la oportunidad nunca suficientemente estimada, de aliviar el dolor humano, de prolongar la vida y de proporcionar a todos el mayor bienestar, nos dan la ocasión, tampoco bastante apreciada, de contribuir al progreso del dominio científico en que nuestra vocación y nuestra predilección nos hacen laborar.

Ambas actividades, la científica y la profesional, exigen de nosotros aptitudes y cualidades especiales, que bien conocen quienes están claramente penetrados (como vosotros lo estáis, señores compañeros) de lo que es y lo que vale el médico digno por todos conceptos de este título respetable. Un sentimiento claro del deber y un inquebrantable propósito de cumplirlo; un escrúpulo incesante de perfeccionamiento intelectual y un esfuerzo no interrumpido de vigorización moral; todo ello nos permitirá realizar el incomparable desideratum que forma la divisa gloriosa de nuestra profesión y que engalana el estandarte de nuestra venerable y amada Facultad: **VIR PARA LOS DEMAS.**

Tal propósito es la justificación de nuestra vida social. Si abrazamos la espinosa carrera que hemos seguido; si nos esforzamos en sobresalir en ella, si, en su ejercicio, exaltamos nuestras cualidades y enérgicamente combatimos nuestros defectos; si, en nuestra brega diaria, luchamos para conservar la vida de los demás y para hacer que la ciencia se ponga al servicio de esa santa labor; es porque creemos firmemente, porque estamos íntimamente convencidos de que nuestra profesión es, antes que nada, un medio, eficaz como ninguno, de **SERVIR A LOS DEMAS**, de contribuir, como pocas veces puede hacerse, al bienestar colectivo; de trabajar, en circunstancias no igualadas, por la felicidad general.

Hacer esto, es realizar, en toda su plenitud, el ideal del médico de hoy, del que no puede encontrar conflictos entre su interés personal y el interés general, porque sabe bien que éste se halla muy por encima de aquél. Es y ha sido, igualmente, el ideal de todos los que nos han precedido y han comprendido bien lo que es la augusta función del que franquea las puertas de los hogares, para llevar a ellos el consuelo, y toma parte en la cosa pública para llevar a todas partes la felicidad. Fué, especialmente, el ideal de los padres de nuestra medicina, de los fundadores de nuestra Facultad y de nuestra Academia (reunidas hoy en el mismo hogar), de los ilustres varones que formaron el Protomedicato y de los que en nuestra antigua y célebre Universidad lucharon siempre por la cultura y el buen nombre de nuestro país.

Es seguramente el ideal de vosotros, caros colegas, que venís hoy a engrosar las filas de esta falange selecta que, no por serlo, reivindica título

aristocrático alguno, sugeridos de privilegios que ya no tienen razón de existir y que, si existieran, serían incompatibles con ese mismo alto ideal de servicio que propugnamos todos cuantos, bajo el amparo divinamente humano de Higiya, la diosa de la salud, seguimos las huellas de Hipócrates y Galeno; de Havey y de Paré; de Laennec y de Pinel; de Bernard y de Lister; de Pasteur y de Koch; y también, las para nosotros muy amadas, de Gómez Farías y Escobedo, Jiménez y Montes de Oca; Vértiz y Ortega y Lucio, Carmona y Valle y Licéaga; Terrés y tantos otros que en esta Academia, que ilustraron con sus luces, y en esta Facultad, que honraron en sus cátedras, fueron y seguirán siendo preclaros ejemplos de amor a la ciencia y de amor a los demás.

Porque estamos seguros de que compartís esos ideales y estáis resueltos a seguir luchando por ellos, recibistéis nuestros sufragios; y venís hoy a sentaros en el lugar que merecidamente os correspondía; al lado de muchos que, habiendo sido vuestros maestros, os tienden hoy cariñosamente la mano y os saludan, llenos de satisfacción, como colegas.

Traéis todos a esta Academia (que tanto ha hecho por el progreso médico del país y que tanto puede y debe hacer por su mejoramiento social) el contingente inapreciable de vuestro saber, de vuestra honorabilidad, de vuestro amor a la ciencia y a la profesión médicas, y de vuestro entusiasmo, en varias ocasiones significado, por el bien colectivo.

Por una feliz circunstancia venís a vigorizar con vuestras diversas actividades, distintas partes de este organismo que quiere vivir una vida sana y robusta. Dedicados algunos de vosotros a disciplinas fundamentales, como la anatomía normal, la medicina interna y la externa; la obstetricia y la terapéutica, que tan valiosas son para la cultura médica general, cultivando otros, especialidades, como la andrología y la ginecología; la pediatría, la oftalmología y la fisioterapia, que cada vez se van fortaleciendo más y más en nuestro medio; consagrais otros vuestro tiempo al laboratorio que, hoy más que nunca es el máximo auxiliar de la medicina. Pero, para enriquecer aún más nuestra Corporación, algunos de vosotros traéis vuestra contribución en disciplinas, como la higiene y la historia de la medicina, que ocupan, cada una en su esfera de acción, sitios singulares en el campo en que afanosamente espiga nuestra benemérita sociedad.

Con vosotros van a acrecentarse, pues, considerablemente, nuestras actividades y el prestigio de la Academia; que al honraros, como habéis dicho hace un momento, se honra recibiendoos. Espera de vosotros todo lo que os habéis propuesto hacer al aceptar formar parte de ella. Cuenta, especialmente, con que contribuisteis esforzadamente a fortalecer el espíritu corporativo, que en ocasiones ha sido desgraciadamente falseado y está segura de que ese esfuerzo, sabréis ponerlo, como lo habéis hecho

siempre en vuestra vida científica y profesional anterior, al servicio de los nobles fines que persigue esta ilustre Compañía.

Recibís, en esta noche, la merecida investidura de «académico»; pero ya eráis desde antes médicos conscientes de vuestros deberes y ciudadanos celosos de vuestro prestigio cívico. En este triple carácter, de ciudadanos, de médicos y de académicos, os ofrezco el saludo cordial de la Academia Nacional de Medicina y, fraternalmente, os doy la más entusiasta bienvenida.

ALFONSO PRUNEDA.